



La Santa Sede

**RADIOMENSAJE DE SU SANTIDAD JUAN XXIII
A LOS CATÓLICOS DEL CONGO
CON MOTIVO DE LA INDEPENDENCIA***

Jueves 30 de junio de 1960

¡Queridos hijos del Estado del Congo!

Al acoger con paternal benevolencia la petición de vuestros Obispos, nos sentimos profundamente dichosos de dirigiros este Radiomensaje con motivo de vuestra independencia política y del acceso de vuestro país a la soberanía. Pues cada vez que los acontecimientos nos facilitan la ocasión de volvernos hacia nuestros hijos de África nuestro corazón se llena de una dulce alegría.

Pero hoy, en este 30 de junio de 1960, a vosotros muy especialmente se dirigen nuestra palabras, queridos congolese, orgullosos de vuestra nueva independencia. Con ello queremos completar las muestras de benevolencia que os hemos dado al enviaros, como Representante nuestro, la persona tan querida de nuestro corazón y que todos vosotros también estimáis, de nuestro venerable Hermano Pedro Segismondi, Arzobispo de Neápolis y Secretario de la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*.

Todo cuanto afirmábamos, hace poco tiempo, a propósito del Continente africano, lo aplicamos ahora al pueblo congolés: "Sólo queremos expresar... nuestra gran satisfacción al ver que se cumple progresivamente el acceso a la soberanía; la Iglesia se alegra de ello y confía en la voluntad de que esos jóvenes Estados ocuparán el puesto que les corresponde en el concierto de las naciones" (*Radiomensaje a los católicos de África*, Pentecostés 1960; *L'Osservatore Romano*, 8 de junio de 1960). Su alegría y confianza hallan un motivo particular en la vitalidad de la comunidad congolese. Ya hace cerca de cinco siglos que el Congo recibió el don, estimable entre todos, de la fe cristiana; poco después su rey Alfonso pidió el bautismo y se interesó por enviar a nuestro Predecesor León X, elegido por segunda vez, una misión de homenaje presidida por su

propio hijo, el príncipe Enrique, que el Papa mandó consagrar obispo y volvió a su país acompañado de celosos misioneros. Después de algunas vicisitudes, la semilla, sembrada entonces y arrojada de nuevo con generosidad en el siglo pasado, produce hoy flores ricas en promesas y frutos tan sabrosos para el corazón del Jefe de la Iglesia; de este modo pudimos, hace seis meses, transformar los territorios de misión en diócesis; el número y la calidad del clero local nos han permitido tomar de entre sus filas a tres primeros obispos; los seminarios son numerosos y están llenos; los militantes de los diferentes Movimientos de Acción Católica surgen casi por todas partes como una mies llena de promesas. Sabemos que se celebra el culto divino con toda la hermosura de sus ritos litúrgicos y la majestad de sus cantos; las obras educativas, hospitalarias y caritativas son muy florecientes. Y en el campo de la cultura religiosa superior, nuestro Predecesor inmediato tuvo el consuelo de proceder a la erección canónica de la Universidad LOVANIUM, que responde a la necesidad urgente de formación de las minorías selectas congoleñas.

Estos son otros tantos motivos de confianza para el Padre Común de los fieles. Ahora bien, para el Congo comienza una nueva etapa; en un plano de igualdad y con el honor, estima y buena voluntad recíprocas, se va a entablar un diálogo fecundo entre vuestro pueblo y la generosa Nación que las circunstancias de un pasado inmediato han vinculado a vuestro destino. Vuestros representantes han manifestado este firme deseo y Nos lo comprobamos con satisfacción. Una graciosa costumbre entre vosotros consiste en cambiar regalos en señal de acuerdo; que tengáis a gala responder con vuestra amistad a aquellos que os llevaron la fe católica y los beneficios de la civilización y manifestarla mediante una leal y provechosa colaboración. Con ello revelaréis al mismo tiempo vuestra grandeza de alma, un adecuado sentido de la realidad y aseguraréis un excelente porvenir a vuestra Patria.

Pero conocemos todas las dificultades del camino. "Si Dios no construye la casa, en vano trabajan los que la edifican" (*Ps. 126,1*), dice la Sagrada Escritura. Por eso os pedimos encarecidamente que unáis vuestras súplicas a las nuestras y pidáis a Dios, Señor todopoderoso de los pueblos, que proteja al Congo. Así, pues, que los fieles, las familias, las parroquias eleven hacia el cielo fervientes súplicas. Que los niños en las escuelas, los enfermos en los hospitales, las almas consagradas en sus monasterios pidan generosamente por el Congo, por la instauración de una verdadera vida cívica y política, por la unión y fecundidad de las familias, por la felicidad de cada uno y alejamiento de todo mal. ¡Que Dios propague cada vez más la fe en las almas congoleñas, de manera que Jesús, sólo y único Salvador, sea conocido y amado, ese Jesús "fuera del cual no hay salvación" (*Act. 4, 12*), que se prolonga en la Iglesia y llama a la vida eterna a todos los hombres, sin distinción.

Pediréis, finalmente, para que permanezca y se consolide la unión de vuestro pueblo. Cuando conferíamos con nuestras manos la consagración episcopal a un hijo muy amado del Congo, nuestro venerable Hermano José Busimba, Obispo de Goma, pronunciamos sobre su persona una invocación sugestiva: *Accipe Spiritum Sanctum*, "recibe el Espíritu Santo"; lo mismo os

repetimos ahora: recibid el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de piedad.

Y ahora queremos dirigir a nuestros Hermanos los obispos y a nuestros hijos los sacerdotes una palabra de estímulo en la lengua tradicional de la Iglesia Latina, antes de impartiros a todos nuestra Bendición.

(1) "¡Qué hermosos sobre los montes son los pies del que anuncia y predica la paz, del que anuncia el bien, del que predica la salud, del que dice a Sión: Tu Dios reinará" (Is. 52,7).

Estas tan consoladoras palabras os convienen a vosotros, venerables Hermanos y queridos hijos, que, impulsados por la caridad de Cristo, bregasteis durante muchos años en esas regiones para derramar en ellas las riquezas de la paz, del bien y de la salvación. Hablamos con corazón paternal a los Prelados y Pastores de esa grey, a los cuales "puso el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios, que adquirió con su sangre" (Act. 20,28). Asimismo os saludamos a vosotros, pacíficas falanges de uno y otro clero, que con solicitud increíble cumplís vuestros graves y sagrados deberes con ánimo dispuesto para la entrega y el sacrificio de vosotros mismos. Y especialmente os amamos a vosotros, ¡innumerables y alegres hijos del clero nativo, esperanza segura y firmísimo sostén de la prosperidad de la Iglesia en el futuro!

A todos os felicitamos pública y solemnemente, pues unidos fraternalmente en los trabajos os habéis hecho muy dignos de la Santa Iglesia y procuráis siga siempre firme.

Continuad, venerables Hermanos y queridos hijos, colaborando mutuamente. Proseguid con mayor ahínco las obras comenzadas, para que en esa tierra, tan amada de Dios por tantos títulos, la ley del Evangelio arraigue tan profundamente que no desaparezca jamás. ¡Tu Dios reinará!

Lo pide la alegre efemérides de hoy; lo exige la inalterable tranquilidad de vuestra Patria. Allí donde se adora a Cristo, rey manso de los hombres, reina la concordia, florece la integridad de costumbres, se guardan religiosamente las leyes divinas y humanas y todas las clases de la sociedad gozan de una paz duradera.

Hacemos votos por vuestra constante prosperidad, así como por la de vuestro pueblo.

(2) Por consiguiente, confiando a Dios todas vuestras intenciones por intercesión de la amantísima y pura Virgen María, Madre de Dios y Madre Nuestra, así como por la intercesión del Apóstol San Pablo, cuya fiesta celebramos hoy, os impartimos de todo corazón, en prenda de los favores divinos que invocamos copiosamente sobre vuestro país, una paternal Bendición Apostólica.

*AAS 52 (1960) 567-570; *Discorsi, messaggi, colloqui*, vol. II págs. 431-435.

(1) El Papa continuó en latín.

(2) Continúa el texto en francés.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana